

»No permitáis, santa Madre de Dios, que muera sin auxilios espirituales.

»En vos, Madre mía, tengo puesta toda mi confianza.»

Y tras de esa oración rezaba las *tres Avemarías*...

Una tarde, con el fin de distraer a su abuelo, la niña empezó a pasar revista al contenido de una gran cartera donde aquél había ido dejando recuerdos de pasados tiempos... Sus ojos se detuvieron en un sobre viejo, y exclamó:

—Una antigua carta, abuelo. ¿De quién será que la habéis conservado?...

El anciano le respondió:

—Léela y haremos memoria.

Y la joven leyó:

«Mi querido ahijado: ¡Cuánto siento no poder abrazarte antes de que te marches a París!, pero me es imposible ir a verte. Estoy atada a la cama por mi reumatismo. Seguramente no volverás a ver aquí abajo a tu vieja madrina, y por esto te pido escuches mis consejos, que serán los últimos.

»Tú sabes que París ha sido siempre un abismo, y ante ese peligro tiemblo por ti. Sé un hombre fuerte, de buen temple, firme en la fe. Permanece fiel al Dios de tu bautismo, que has de ver en la eternidad... Yo te pongo bajo la protección de la Santísima Virgen María, y te recomiendo encarecidamente seas constante en la práctica de piedad que desde muy niño tuviste de rezar mañana y noche las *tres Avemarías*...

»Rogará por ti tu madrina, que te estrecha fuertemente sobre su corazón...»

La carta, que tenía fecha de hacía cuarenta y ocho años, produjo una honda emoción al doctor.

Rememoró los años despreocupados de su juventud, sus extravíos y ligerezas, su apartamiento de los actos de culto y el abandono de sus devociones.

Pensó también en sus tareas profesionales y en su vida familiar y se detuvo recordando a su bondadosa madrina, que murió a los pocos meses de escribir aquella carta. Ella le había enseñado a rezar las *tres Avemarías* en su infancia...

Sintió el doctor un vivo impulso de gratitud hacia esa mujer buena, cuyos buenos consejos no siguió. Y mirando tiernamente a la nieta, balbuceó:

—¡Por mi madrina!... Dios te salve, María...

Y rezó las *tres Avemarías* juntamente con la nieta, que, con íntimo gozo, sonreía y lloraba a la vez.

¡Estaba ganado para Dios «el buen Doctor»!...

—Llama al Padre —dijo el enfermo—, porque he de contarle estas cosas.

Acudió el sacerdote diligentemente, y el doctor hizo su confesión con singular fervor.

Al día siguiente empeoró alarmantemente y hubo que administrarle el Santo Viático... Con paso acelerado se aproximaba la muerte.

Cogió «el buen Doctor» con dificultad una mano de su nieta y, haciendo un gran esfuerzo, le dijo:

—Esto se acaba..., reza conmigo las *tres Avemarías*...

Al terminar la tercera *Avemaría* expiró dulcemente.

(P. Didier de Cre, O. F. M. Cap.) (28)

María renueva su promesa de protección

Cuando Sor María Villani, religiosa dominica (siglo XVI), rezaba un día las *tres Avemarías*, oyó de labios de la Virgen estas estimulantes palabras:

«No sólo alcanzarás las gracias que me pides, sino que en la vida y en la muerte prometo ser especial protectora tuya y de cuantos como tú PRAC-TIQUEN ESTA DEVOCION» (29).

Y las promesas de la Reina de los Cielos nunca dejan de tener pleno cumplimiento.

¡Muerte santa después de una vida desacertada!

Una Casa de religiosos de la Compañía de Jesús... Llamam telefónicamente desde la Prisión Militar en la noche del 5 de diciembre de... hace pocos años.

—Padre, ¿podrá usted acudir?

—¿Es urgente?

—Sí, Padre. Venga en seguida...

Llego a la prisión. Un oficial de la guardia exterior

(28) «Notre-Dame de la Trinité». Tomo II. Blois, 1958, páginas 238-40.

(29) P. García Garcés, C. M. F. «Las tres *Avemarías*», pág. 35.

me acompaña hasta una habitación poco iluminada. Entro, y veo al sentenciado, que aparece abatido y hunde el rostro en el pecho. Levanta tristemente la mirada hacia mí y hace un gesto significativo de que no le soy grato.

Le saludo; corresponde friamente y exclama: «No necesito sus servicios».

—¿Quiere que le acompañe en esta hora difícil?

—No, gracias; déjeme en paz. No me amargue lo poco que me queda de vida.

—¿De dónde es usted?

—De Zaragoza.

—¿Tiene usted familia en la ciudad?

—Sí, señor.

—¿Puedo servirle a usted para transmitir sus últimos deseos?

—He dicho a usted que me deje tranquilo. ¡Váyase!

—¿No necesita nada?

—Por medio de usted, no.

—Yo quisiera ayudarle en este amargo trance, con la esperanza de una vida que no muere...

—¡Déjese de cuentos!

Hubo una breve pausa.

—¿Tiene usted madre?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted algún recuerdo especial para ella?

—¡Bastante pena ha de tener cuando sepa mi muerte!...

Quedó pensativo. El tiempo avanzaba.

—Faltan unos minutos —le digo—. Vamos a ganar el cielo... Pidámoselo a Dios... ¿Sabe usted alguna oración?... ¿El **Padrenuestro**?

—No, señor. Jamás me preocupé de eso.

—No importa. Podemos decirlo ahora los dos juntos.

—¡No insista! Quiero que me deje en paz ya.

—Animo, amigo mío. En un minuto nada más ganamos el cielo... ¿No sabe usted rezar nada? ¿No le enseñó su buena madre ni siquiera el **Avemaría**?...

Aquel hombre, hasta entonces abatido y hosco, levanta su cabeza, me mira de frente, desfrunce el ceño y, en tono natural y casi amistoso, me dice:

—El **Avemaría**, sí...

—¿Ah, sí? —exclamo ansioso, vislumbrando el faro de salvación.

—Mire usted: tenía yo unos catorce años, y hasta esa fecha había vivido con mi madre, que es muy buena... Pero deseoso de libertad, y empujado por mis amistades, quise apartarme de la autoridad de mi madre y correr por el mundo. Y decidí marcharme de casa... Al decírselo a mi madre le causé un gran dolor, y el día de la partida echó, llorando, sus brazos a mi cuello; me llenó de besos la cara, y me dijo: «Hijo mío, puesto que no desistes de tu idea y te vas, te voy a pedir el último favor: quiero que me hagas una promesa. ¿Serías capaz de negársela a tu madre?»

—No, madre; dime qué es lo que quieres (y para

apresurar la despedida, añadió): Te juro que cumpliré la promesa.

—Pues lo que te pido, hijo mío, es que me prometas rezar a la Virgen todos los días *tres Avemarías*.

—Te lo prometo, dije. Y me fui...

Otro corto silencio. Luego continuó:

—He viajado mucho. Mi vida fue azarosa... No obstante, Padre, he cumplido todos los días la promesa que hice a mi madre.

—¿Es posible? —le pregunté, conmovido.

—Sí, señor; ayer, en la cárcel, y esta misma noche, recé las *tres Avemarías*.

Y transformado por este bendito recuerdo mi interlocutor, y animado el acento de su voz, a la vez que asomaba a su rostro una leve sonrisa, agregó:

—Padre, yo no sé que íntimo alborozo siento en estos instantes... Yo noto algo tan extraño en mi interior, que pienso que la Virgen me quiere salvar... ¡Padre, ayúdeme; confiésemel...

Unas lágrimas brotan de sus ojos... Y de sus labios van saliendo estas palabras: «Creo en Dios...». «Pésame, Señor, de haberos ofendido...».

—¿Quiere usted recibir la Sagrada Comunión por Viático?

—Pero, ¿podré, Padre?...

Sobre mis rodillas extendí el corporal, saqué la cajita-copón... Lloraba él, y yo no podía contener mi emoción.

Ecce Agnus Dei... «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo...». Y le dije:

—Diga usted conmigo: «Señor, no soy digno de que entréis en mi pobre morada...». Y terminé diciendo: «El Viático del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo te defienda del maligno enemigo y te lleve a la vida eterna. Amén.»

Sobre los corporales cayeron lágrimas del penitente; y los centinelas se estremecieron ante la escena...

La llegada de un refuerzo de la guardia nos advirtió lo inminente del terrible desenlace.

Rugué a mi confesado que dijese: «Señor y Dios mío, acepto con ánimo conforme la muerte que me enviéis, con todas sus penas y dolores.»

Dicho esto se puso en pie y, levantando la cabeza, dijo: «Padre, vamos; ya estoy dispuesto...»

Y comenzamos a caminar hacia el lugar de la ejecución.

Seguidamente me tomó el crucifijo, y ante el mismo me hizo las últimas confidencias y encargos:

—Padre, escriba a mi esposa diciendo que me despido de ella, pidiéndole con toda mi alma me perdone lo mucho que la hice sufrir en la vida... A mis hijos, que son aún pequeños, incúlquenles que no sean como el padre, que no sigan sus ejemplos; que sean fieles cristianos y buenos siempre con su madre, sin abandonarla nunca... Y, por último, Padre —estábamos llegando al sitio en que la sentencia había de ser ejecutada—, me ha dicho usted si quiero algo para mi madre. ¡Sí, desde luego! A mi buenísima madre no deje de decirle que le agradezco inmensa-

mente que me hubiera hecho prometerle, al separarme de su lado, rezar a la Virgen todos los días las *tres Avemarías*; y que ahora su hijo muere con el íntimo consuelo de sentir que la Virgen le salva y lleva al cielo.

—Le prometo hacer cuanto me ha encomendado... Y bese el crucifijo y diga: «Jesús, ten misericordia de mí»... «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío»... «María, Madre mía, sálvame»...

Se oyeron unos disparos de fusil...; se desplomó su cuerpo, y... el manto de la Madre celestial lo cobijó... Eran las primeras horas del día 6 de diciembre, antevíspera de la Inmaculada (30).

Ayer, hoy y siempre, la devoción a María, «puente» de la tierra al Cielo

El Pontífice Pablo VI, en su «Exhortación Apostólica "Marialis Cultus"», de 2 de febrero de 1974, escribió:

«La Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles, porque Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (Luc. 1,38); porque acogió la palabra divina y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo...» (31).

(30) Arbeola.—«Sábados populares», vol. II, pág. 9.

(31) El mismo Santo Padre, en su Alocución al Congreso Mariológico que se reunió en Roma el 16-5-75 en el Ateneo Antoniano,

«¡Cuanto más se conocen y admiran las grandezas, las perfecciones y virtudes de la Inmaculada Virgen Madre de Dios, más se alaba y ama a Dios!... Este es siempre el fruto de la piedad filial hacia María: hacernos sentir vivamente la filiación divina, por ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo.» (P. Angel Luis, C. SS. R.).

Por tanto, «os exhorto a que améis más y más a la Santísima Virgen...

Admirad,
respetad,
ensalzad,
obsequiad,
imitad,

a esa purísima, dulcísima y santísima Madre...

«¡Quien la ama, es casto!»

«¡Quien la mira, es puro!»

«¡Quien la imita, es santo!»

«Y ninguno de sus devotos pereció jamás» (32).

Porque, como con frecuencia decía San José de Calasanz, e igualmente afirman multitud de santos, «es imposible que no se salve quien es devoto de la Virgen».

decía: «Como la Virgen es "llena de gracia" (Luc. 1,28) que nos ha dado a Jesucristo, a nadie se oculta lo mucho que su ejemplo, su intercesión y su protección pueden ayudar a los fieles a renovarse y reconciliarse con Dios y con los hermanos, absteniéndose y huyendo de todo pecado.» (Revista «Miriam», julio-agosto de 1975.—Sevilla).

(32) Langspergio; cit. del R. Dr. Juan María Cascante.—«El culto debido a María», pág. 230.

Por esto, con palabras de San Juan Bosco, os decimos: «Cultivad, pues, una tierna, verdadera y constante devoción a María Santísima. ¡Si os dierais cuenta de la importancia de esta devoción, no la cambiaríais por todo el oro del mundo!» (33).

Incontestablemente, nada hay comparable con la dicha de salvar el alma.

Llegó a Carmelita Descalzo después de tropiezos mundanos

En una gran ciudad de un país hispanoamericano, un niño acudía todos los domingos a la Catedral, a la que los Hermanos Maristas enviaban esos días dos Hermanos para la enseñanza de la Doctrina, labor de caridad muy necesaria en una nación donde la escuela laica prescindía de toda instrucción religiosa.

Un día, el Hermano Macario, que era el catequista del grupo en que figuraba el niño a que nos referimos, les habla de rezar a la Virgen *tres Avemarías*...

«Si las rezáis todos los días —dice—, la Virgen os salvará... ¿Vosotros queréis ir al cielo? Pues comenzad a rezarlas esta misma noche al acostaros...»

Aquella afirmación de protección salvadora fijó la atención del pequeño oyente, y le determinó a dar comienzo a su rezo aquel día.

(33) PP. Robles y Figares, S. J.—«Año Mariano.—Presencia de María en la vida de los hombres», págs. 200 y 746.

Meses después dejaba el niño la asistencia a la Doctrina. Y luego cursó el Bachillerato y pasó a la Universidad.

El ambiente incrédulo que halló en ésta y las tentaciones de un mundo tropical, sofocaron las prácticas de piedad, y cayó en las tinieblas del error y en el desenfreno de la vida...

Sólo quedaron las *tres Avemarías*.

Las sostenía aisladas, a veces pendientes del hilo de una perseverancia casi imposible. Hasta que una noche se enfrentó con aquellas *tres Avemarías*, diciendo:

«¿Para qué? Dejemos esta carga...»

Pero en ese instante sintió un estremecimiento, y, como por instinto, con ansiedad ciega, se dijo: «No, no... Las rezaré. ¡Virgen María, que tú me salves!». Y se agarró a ellas como a un último lazo, que si se desataba se hundía. Y en medio de la noche de su vida persistieron las *tres Avemarías*.

El propio interesado nos dirá ahora lo sucedido pocos años más tarde:

«Fue un mes de mayo. Una extraña inclinación, un impulso interior que me sorprendía, me inclinaba a ir al templo y asistir a las Flores de Mayo. Era esto, en mis circunstancias, una aberración, además de inquietarme los respetos humanos. Y, sin embargo, la inclinación me llevó. Entré en el templo del Carmen...

A la salida entablé conversación con un señor, que por su amplia cultura se me hizo grato. Nos despedimos hasta el siguiente día, y nos reunimos también

los sucesivos del mes de mayo. De nuestras charlas acerca de los temas religiosos volvió la luz y recuperé la fe...

Entonces las *tres Avemarías* brillaron como tres estrellas de la mañana. Un convencimiento íntimo me ha afirmado siempre que la luz de esa mañana brotó a través de ellas en los ojos misericordiosos de la Señora. Los ojos que sentí fijarse cada vez más insistentemente, más maternalmente en mi alma. Y en su dulce mirada hubo una insinuación sublime, y... su deseo se hizo realidad, con mi ingreso en la Orden del Carmen Descalzo...

Arraigada tengo la convicción de que el lazo salvador que me ató al cielo sobre el abismo, lazo por algún tiempo único, fueron las *tres Avemarías*, el lazo bíblico triplemente trenzado de Poder, de Sabiduría y de Amor de Madre, que no falla, que no dejo jamás y donde guardo sujeta una esperanza tan inmensa como la misericordia de la Señora». (P. Fr. Juan Alberto de los Cármenes, O. C. D.) (34).

La Virgen ratifica su complacencia por esta devoción

Según el Bienaventurado Diego de Cádiz, capuchino, que vivió en el siglo XVIII y fue llamado el Apóstol de la Santísima Trinidad, la Madre de Dios

(34) «Miriam», julio-agosto de 1959, Sevilla (España).

reveló que «una de las más agradables devociones que se le pueden ofrecer, es la de ayudarle a dar gracias a la Augusta Trinidad por el Poder que recibió del Padre Eterno, por la Sabiduría con que la enriqueció su Hijo y por la Caridad de que la llenó el Espíritu Santo» (35).

Por eso al que practica esta devoción le alcanza la felicidad eterna.

«Salió del mundo para ir al cielo...»

Un misionero redentorista escribe:

En el año 1959 mandé carta a diez mil enfermos, con la estampa de las *tres Avemarías*.

Poco tiempo después me llamaba uno de ellos.

Era un hombre ilustre en el mundo de las Letras y de la Jurisprudencia.

Lo conocía desde hacía ocho años.

Al saludarle, me dijo:

—Le he llamado para que sea usted testigo de un milagro de conversión de un pecador, que hay que atribuir a la devoción de las *Tres Avemarías*.

—¿Dónde está ese pecador? —le dije.

Y él, seriamente, exclamó:

—Soy yo, Padre. Quiero confesarme. Y tenga paciencia, porque tenemos para un buen rato.

(35) Informe del P. Fr. Juan Bautista de Chémery, O. F. M. Cap. al Congreso Mariano de Puy en 1910.—«Fleurs de Doctrine des *Trois Ave-Marias*», pág. 91.

—Según recibí su carta —siguió diciendo—, tomé la estampa y empecé a rezar mañana y tarde las *tres Avemarías*, con la jaculatoria impresa: «*Maria, Madre mía, líbrame de caer en pecado mortal*». Luego la corregí, para decir: «*María, Madre mía, líbrame de morir en pecado mortal*»... Y esta mañana he sentido el impulso de hacer lo que debiera haber hecho hace más de cincuenta años.

Le confesé... Un mes exacto después moría de repente.

Dos días antes le había vuelto a confesar, y me había dicho:

—Padre, yo voy a morir. Me falla el corazón desde hace un mes, desde aquel día que me oyó usted en confesión. ¡Es demasiada mi alegría y mi gratitud a la Santísima Virgen, para que pueda vivir más en este pícaro mundo! (36).

María es «Omnipotente suplicando»

¿Sabéis cuánto puede delante de Dios la Santísima Virgen María?

«Cuanto puede el mismo Dios», según dijo San Leonardo de Puerto Mauricio (37).

Dios es Omnipotente por naturaleza.

(36) «*Miriam*», julio-agosto 1959.

(37) PP. Robles y Figares, S. J. Ob. cit., pág. 428.

María es Omnipotente por gracia y dependiendo de su Divino Hijo.

De ahí que con acierto se haya escrito:

«Todo el poder de Dios, ¡oh, María!, te ha sido concedido; pero con otro nombre: «Intercesión».

«Tu “súplica”, Señora, es hermana de la divina Omnipotencia» (38).

Porque si **«una súplica de un corazón humilde y sencillo rinde el Corazón de Dios»** (39), ¿cuál no será la favorable acogida que en el Corazón de Cristo tenga siempre el ruego que fluya del Corazón Inmaculado de María, su Madre?...

Por esto sostuvo Pío IX que «cuanto la Virgen quiere, lo obtiene, ya que sus plegarias nunca quedan desatendidas» (40).

Compró el cielo con abonos de tres Avemarías diarias

Del Rvdo. Padre J. Manuel Martínez, capellán de la prisión mexicana de las Islas Marías, copiamos la siguiente relación:

(38) Luis G. Gasco: «Sorpresa de una Letanía», pág. 62.

(39) Beata Rafaela María del Sagrado Corazón, fundadora de las RR. Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

(40) Bula «Ineffabilis Deus», de 8 de diciembre 1854. BAC, tomo 128. Y San Germán de Constantinopla, exclamaba:

«¡Oh, Virgen; oh, Madre de Dios!, tu intercesión es tan poderosa, que para obtener la salvación no se necesitan otros intercesores ante Dios que Tú. Nadie, ¡oh, Santísima!, será salvo sino por Ti; nadie, ¡oh, Inmaculada!, será libre del mal, sino por Ti; nadie, ¡oh, Purísima!, recibe los dones de Dios, sino por Ti.»

(Cit. del Hno. Ginés de María, en «La Madre», pág. 72.)

El mes de mayo no se pasó sin que mi Madrecita mostrara su amor a las almas con quienes trato. Tuve seis primeras comuniones de niños, y tres primeras comuniones de adultos prisioneros. Pero donde sí mostró su omnipotencia suplicante fue en el siguiente caso:

Tenía yo un amigo a quien trataba con frecuencia por ser Jefe de la Agencia Comercial Islas Marías en Mazatlán, y a quien yo llamaba primo, por tener mi mismo apellido. Su nombre era Bibiano Martínez. Era un hombre que se gozaba en contar chistes volterianos de todos los colores contra los curas y las monjas. Era, aparentemente, descreído. En una ocasión le dije: «Oye, primo, ya estás muy viejo y conviene que cambies de vida para ganarte el Cielo.»

«Mira, primo —me respondió—, tú ya me conoces. Yo no creo en los curas. Yo hice mi primera comunión a la edad de ocho años, y desde entonces no ha vuelto Cristo a mi alma porque soy malvado; pero tengo algo a mi favor; mira, ya tengo sesenta y ocho años de edad y, aunque perverso, no he dejado de rezar a la Virgen María *tres Avemarías* que me dijo mi madre que rezara diariamente el día de mi primera comunión. ¿No te parece que eso es un buen abonito para el Cielo»? Nos reímos, y en eso quedó todo.

Llegó el día 13 de mayo de este año. Como a las once de la mañana llegó un avión a las Islas, y traía al gerente de la Coca-Cola en visita de negocio. A las cuatro de la tarde, al emprender el vuelo de regreso a Mazatlán, me di cuenta de que el avión regresaba al

día siguiente por la mañana, y me dieron muchas ganas de volar a Mazatlán, para regresar al día siguiente. Me ofrecí al capitán Márquez como invitado, el cual no titubeó en aceptarme. Viaje gratuito de ir a Mazatlán, sentirme unas horas en el mundo de la libertad y regresar luego a mi prisión. Al día siguiente, antes de irme al campo de aviación, fui temprano a visitar el Sanatorio Mazatlán, y me dijeron las Madrecitas: «Padre, su primo Bibiano está gravemente enfermo en el cuarto número 2.»

Fui luego a visitarlo: «Buenos días te dé Dios, primo.» Bibiano abrió los ojos desmesuradamente y con voz entrecortada dijo: «¿Quién es?... ¡Fantasma!... ¡No!...» Yo comprendí que algo raro pasaba, y le dije: «¿Qué te pasa? ¿Por qué me llamas fantasma? Yo soy el Padre Martínez Trampas, toma mi mano, saludame.» Bibiano tendió su mano temblorosa, y al estrechar mi mano, me tocó todo el brazo y la cabeza, y me dijo llorando: «Tú eres, sí tú eres, ¡bendito sea Dios!». Entonces yo le dije: «¿Qué te pasa? ¿Por qué te espantaste?» Entonces Bibiano, ya sereno y convencido de que yo era, me dijo: «Mira, primo, siento que me faltan unas cuantas horas para estar ante el tribunal Supremo; me siento muy grave; ayer por la mañana pensé mucho en ti, y le dije a la Santísima Virgen María: "SI EN VERDAD ME AMAS, SI EN VERDAD ME QUIERES PAGAR LAS TRES AVE-MARIAS QUE TE HE REZADO DURANTE SESENTA AÑOS, TRAEME AL PADRE MARTINEZ TRAMPAS DE LAS ISLAS MARIAS, PORQUE SOLO EL

PODRA ESCUCHAR MI CONFESION Pero me asaltaba el pensamiento de que mi petición era imposible, porque faltan quince días para que venga el barco. Pero ahora veo que fue muy fácil para Dios. Ya estás aquí.» Yo le dije: «De manera que quieres confesarte.» «Para eso te trajo Dios», me respondió con lágrimas en sus ojos. Con su voz ahogada por el llanto, me dijo: «**SALVAME PRIMO, SALVA A ESTE PECADOR.**» Cerró sus ojos y comenzó la confesión.

Ya se imaginarán ustedes la emoción que sentía mi alma en esos momentos. Bibiano lloraba; yo también lloraba. Tenía yo sentimientos de admiración, de gratitud, de no sé qué. Parecíame ver al Dios del Perdón y a la Santísima Virgen María que estaban presenciando aquel momento feliz de un alma que, como el hijo pródigo, vuelve a los brazos de su Padre. Le hice repetir pausadamente el acto de contricción y luego con toda calma pronuncié la fórmula de la absolución. Al terminar todo, me besó la mano, y me dijo: «no te imaginas el consuelo que has dado a mi alma. Me siento feliz. La Santísima Virgen me ama, y Dios me ha perdonado. En el cielo nos veremos.» Momentos después de haberle dado el salvoconducto para el Reino de los Cielos, llegaron por mí para llevarme al campo de aviación y regresar a mi prisión de las Islas Marías. Por la tarde recibí el telegrama de que Bibiano había volado al Reino de los Cielos. **QUE MISERICORDIA DE DIOS! ¡QUE OMNIPOTENCIA SUPLICANTE DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA!** Con justa razón le puedo llamar a este caso «El pecador

que compró el Cielo con abonitos de *tres Avemarías* diarias durante sesenta años».

En este caso admiro una vez más la omnipotencia suplicante de la Virgen María en favor de un pecador que en ella confió. Si vemos el caso desde el punto de vista sobrenatural podemos resumirlo así: PRIMERO: Bibiano hace su petición veinticuatro horas antes de morir, pidiendo a la Santísima Virgen María una cosa imposible como era venir yo desde las Islas Marías. SEGUNDO: Horas después la Santísima Virgen María envía el avión a las Islas Marías, y, sin pensarlo yo, me pone todas las facilidades y me entusiasma para ir al mundo de la libertad. TERCERO: Horas después la Santísima Virgen María me tenía frente a su amado hijo Bibiano para satisfacer su petición. Y finalmente, la Santísima Virgen María paga con el Reino de los Cielos el perseverante rezo diario de las *tres Avemarías* (40 bis).

«María, medianera de todas las gracias»

San Bernardo dijo: «Considerar almas todas, que el Señor depositó en María la plenitud de todos los bienes. Por tanto, con todo lo íntimo del alma, con todos los afectos del corazón y con todos los senti-

(40 bis) «El Mensajero del Corazón de Jesús» de Centroamérica y Panamá, 1967; remitido desde San Salvador (República de El Salvador) por el P. Santiago Garrido, S. J. al P. Larrauri, C. SS. R. el 22 de febrero de 1973.

mientos y deseos de nuestra voluntad veneremos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiésemos por María. Esta es, repito, su voluntad, pero para nuestro bien» (41).

Muy cierto es esto.

«La Santísima Trinidad, para exaltación de la Virgen María como Madre de Jesús, ha determinado que todas las gracias que quiere otorgar, se concedan por las manos de María» (42).

«No hay, por tanto, gracia alguna que no sea concedida por Dios con intervención de María.»

«No hay oración que suba al cielo sin su mediación.»

«Todas las donaciones de vida divina pasan por la Virgen.»

«Todos los arrepentimientos y conversiones de pecadores, toda victoria sobre el mal, toda santificación de los justos, todo el bien que en esta vida se realiza, todo es obra de ella, en todo tiempo, en todo lugar, para todos los hombres» (43).

(41) Obras de San Bernardo, tomo II, pág. 133.

San Anselmo advierte que: «cuando pedimos a la Virgen nos obtenga sus gracias, no es porque desconfiamos de la divina misericordia, sino más bien porque somos conscientes de nuestra indignidad, y nos encomendamos a María para que su dignidad supla nuestra miseria.» (Cit. Hno. Ginés, de María, en «La Madre», página 73).

(42) Venerable P. Jenaro M. Sarnellí, C. SS. R. Cit. del P. Roschini, tomo I, pág. 641.

(43) P. Spiazzi, O. P., «María en el misterio cristiano», página 260.

Ponderando estas realidades, el Concilio Vaticano II, ha dicho:

«María —como es sabido— es nuestra Madre en el orden de la gracia; y esta maternidad perdura sin cesar, pues, una vez recibida en los cielos, no ha dejado su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercepción los dones de la eterna salvación. Por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado, hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso la Bienaventurada Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora.» («Lum. Gent., n.º 62).

a) El buen fin de un legionario...

España. Año no muy distante y lleno de recuerdos... En una de las «Banderas» del Tercio encontrábase un legionario llamado Jaime, que tendría como treinta y cinco años. Muy culto y educado.

Su valor, que al principio sorprendió a todos, nos hizo comprender que él no había venido al Tercio para luchar, sino para morir...

Su conducta religiosa era lo que más sorprendía a sus compañeros, hablaba con frecuencia con el sacerdote; sus costumbres eran austeras; le veían rezar brevemente todas las noches, pero jamás le vieron confesarse ni siquiera en los momentos más

desesperados. Además, en sus conversaciones se mostraba ateo convencido, aunque friamente respetuoso.

Cuando alguien se atrevió a preguntarle el porqué entonces de sus rezos sin fe, le respondió muy serio:

—Empeñé mi palabra, ¡y las palabras siempre las cumplo!

Una mañana entró en combate la «Bandera» y una bala dio en tierra con nuestro legionario. El corazón estaba destrozado.. ¡Había muerto en el acto!

Al descansar de aquella jornada de guerra, quise recorrer ante los legionarios que me rodeaban el velo que cubría toda la vida de Jaime.

Había nacido en una familia distinguida por sus riquezas y por sus virtudes.

Todavía joven, ingresó, a la vez que un hermano suyo, en una Orden religiosa. Allí brilló por su talento, virtud y perfección. Y así pasaron años... Pero Jaime no fue prudente al hacer sus lecturas; perdió su fe y acabó saliendo de la Congregación religiosa.

Su madre estaba, poco después, para morir... Y con voz dificultosa le dijo:

—Jaime, Jaime, ven a mi cabecera. Quiero pedirte una cosa. Reza siempre, diariamente, *tres Avemarías*.

Jaime titubeó. Al fin, con voz entrecortada, contestó llorando:

—Madre, te lo prometo... Te lo prometo...

La madre murió...

Los días y las noches hufan; la inquietud y el

vacío reinaban en el corazón de Jaime. La vida era para él un martirio.

Por entonces, la Legión tenía abiertos sus banderines de enganche. Jaime se sintió aliviado; había encontrado un medio noble de acabar con sus inquietudes, y se alistó en la Legión, en busca de la muerte.

En mis charlas con él, le insté, como sacerdote, a confesarse. Su respuesta era invariablemente la misma:

—Padre, quería creer..., pero no puedo...

Cuando conocí la promesa hecha a su madre me tranquilicé. Estaba convencido de que la Madre del cielo no permitiría su condenación. Y, efectivamente, así ha sido.

Ayer, muy entrada la noche, un legionario fue a mi tienda de campaña. Era Jaime. Estaba impresionado. Se limitó a decir:

—Padre, presiento que tengo la muerte muy cerca. Vengo a confesarme...

¡Las tres *Avemarías* le habían salvado! (un Padre jesuita, agregado como sacerdote a una «Bandera» del Tercio) (44).

b) Una madre que no quiso morir...

Uná mujer joven se moría...

Casada con un médico, ni éste ni los más especia-

(44) «Año Mariano». PP. Robles y Figares, S. J., pág. 6.

lizados compañeros de profesión que habían acudido a examinar a la enferma, encontraban recursos en la ciencia con que poder curarla.

Resignado el marido, atendió la petición de la enferma: «¡Que venga un sacerdote!»

Y el sacerdote acudió al domicilio que se le había indicado, y encontró junto al lecho de la paciente al marido y los dos hijos que del matrimonio habían nacido. El mayor contaba tres años y el menor de los niños tenía poco más del año.

Se retiró el doctor con sus hijos, para que confesara la enferma...

Cuando el sacerdote preguntó a ésta si aceptaba la muerte, la joven madre, cobrando energías, contestó:

—¡Padre, no quiero morir...!

Y se echó a llorar, diciendo:

—No por mí, sino por mis hijos y mi marido.

Calmada luego, exclamó:

—¡Hágase la voluntad de Dios! Pero..., quiera Dios librarme de la muerte. ¡Se lo pido con toda mi alma!

Entonces, el confesor le dijo:

—Ponga usted por intercesora a la Santísima Virgen, que Ella es Madre y sabrá comprenderla como nadie... ¡Y ella todo lo puede cerca de Dios!

Y sacando del libro de oraciones una estampa de las tres *Avemarías* y una novena, se las dio a la enferma, indicando:

—He aquí una devoción muy eficaz. Comience hoy mismo a rezar las tres *Avemarías*, y juntos con usted

su marido y niños invoquen a María, Omnipotencia Suplicante, Madre de la Sabiduría infinita y Madre nuestra de Misericordia. ¡Pongámoslo así todo en sus manos!

Tres días más tarde, el marido acudió a la iglesia preguntando por el sacerdote que había confesado a su mujer, y al verle éste se apresuró a decirle:

—¿Qué pasa, doctor? ¿Cómo sigue la enferma?

Y el médico, con irreprimible emoción, le contestó:

—¡Padre, milagro de la Virgen! Mi mujer, inexplicablemente, está fuera de peligro y en franca mejoría.

Y, serenándose, añadió:

—Tan pronto salió usted de mi casa el otro día, pusimos en práctica su consejo, y dimos comienzo al rezo de las *tres Avemarías*; arrodillados mi hijo mayor y yo, y en pie, a la cabecera de la cama de su madre, el pequeñín... ¡Y con qué fervor las rezamos, Padre! Igual hicimos el segundo día y hoy por la mañana... Y esta tarde advertí, con asombro, que la fiebre casi había desaparecido... Y al llegar mis compañeros a efectuar su diaria visita, se sorprendieron igualmente del cambio producido, que no tenía explicación científica... ¡Se ha curado! Ofrezca, Padre, mañana, la Santa Misa en acción de gracias a Dios y a Nuestra Señora de las *tres Avemarías*. (Padre Raimundo F. Olivás) (45).

(45) Expuesto en Madrid, año 1948, en la Iglesia Parroquial de San Martín.

c) La Madre Celestial premia la virtud

Un caso curioso me viene a la memoria: Una muchacha de veintiún años mantenía relaciones amorosas con un joven de veintitrés años. Y un día me dijo ella, muy apenada, que ese joven no iba ya a verla, por lo que se sentía triste y desesperada.

Le pregunté cuál fuese el motivo de ese apartamiento del joven de que me hablaba, y entonces me declaró lo siguiente: «Porque él había empezado a molestarme, pretendiendo consintiera algunas libertades que no me gustan; y le dije que hablaba con él porque le creía un hombre formal y respetuoso, y me disgustaban las excesivas libertades entre nosotros, pues yo siempre suspiraba por llegar al matrimonio con un hombre que supiera respetar a la novia hasta ese día.»

«El que yo dijera esto, le disgustó y se fue; y pasa el tiempo y no vuelve. Y esto me entristece y apena, porque, en verdad, yo le quiero mucho, puesto que lo creo bueno en el fondo.

»¡No sé qué hacer, Padre! Aconséjeme...»

Le di una estampa de las *tres Avemarías*, diciéndole que encomendara su problema de amor a la Santísima Virgen, y no se acostara ningún día sin rezarle las *tres Avemarías*.

Pasó algún tiempo, y la muchacha perseveraba en el rezo y la confianza en la Madre de Dios; y un día, estando aquélla pensando precisamente en el joven que la tenía enamorada, se presentó éste en su casa,

pidiéndole perdón por su mal comportamiento anterior y prometiéndole que en adelante se portaría como novio que sabe respetar a la novia, y manifestando su deseo y propósito de casarse cuanto antes.

Ella, contentísima, me visitó, diciendo: «Padre: esto ha sido un prodigio de la práctica de las *tres Avemarías*. ¡La Virgen me ha escuchado!... ¡Le he contado a él lo ocurrido, y ahora no dejamos los dos de rezar diariamente las *tres Avemarías*, a la vez que con la natural alegría e ilusión preparamos la celebración de nuestro matrimonio para el mes de agosto de este año»...

¡Veis ahí otra «pequeña maravilla» de la Santísima Virgen, realizada en favor de quien la invocó con fe y confiadamente rezándole uno y otro día las *tres Avemarías*!...

(P. José Eguizábal, S. J.—Iglesia de Santo Domingo.—Managua-Nicaragua.—5 mayo 1969.)

El porqué de los «ejemplos»

Los «ejemplos» son *hechos* que acreditan la verdad de lo que doctrinalmente se ha manifestado.

Los «ejemplos» son la confirmación práctica de la enseñanza que se ha expuesto.

Y el «ejemplo» es a la vez una sugerencia a quien lo lee o lo escucha. Está como diciéndole: «¿Por qué no haces tú lo mismo?». «¿Por qué no procuras que también en ti sea realidad lo que te han dicho o aca-

bas de leer?»... Piénsalo y decídetelo: reza diariamente las tres *Avenmarías* (46).

María es Refugio y Abogada de pecadores

«No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva...» (47).

Por eso repitió tantas veces Jesús: «**Haced penitencia**» (48), es decir, convertíos a Dios, reconoced vuestros pecados y rogad a Dios el perdón, imitando al publicano que oraba en el Templo, diciendo: «¡Oh, Dios!, muéstrate propicio a mí, pecador» (49).

Y tan deseado es por Dios el arrepentimiento del pecador, que el mismo Cristo afirmó que «**habrá más gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia, que por noventa y nueve justos que no han menester de penitencia**» (50).

Nadie ignora lo laboriosa y ardua que es la «conversión».

¡Cuántas dificultades a vencer!

¡Cuántas cadenas a romper!

¡Cuántos sacrificios a realizar!...

¡Qué heroísmo exige a veces!

(46) «Nunca se ha hecho sentir en la tierra la presencia de María sin dejar a su paso aromas y destellos de fe, sin vigorizar en el corazón de los hombres esta virtud que es raíz de todo el vivir cristiano... Y sus manifestaciones extraordinarias tienen como fin primordial enseñar, edificar, salvar, aportar gracia y vida.» (P. Olegario Domínguez, O. M. J., en «¡La Virgen siempre!», págs. 31 y 34.

(47) Ez., 18, 23 y 31.

(48) Mt. 4, 17.

(49) Lc., 18, 13.

(50) Lc., 15, 7.

¡Y qué poderosa gracia es menester en todo caso!

Atormenta e inquieta abandonar definitivamente malos hábitos queridos y arraigados; romper con una amistad que se adueñó del corazón; restituir lo que se había adquirido torpemente; cumplir en adelante—sin detenerse a pensar en sus consecuencias— deberes graves soslayados; pisotear la tiranía del respeto humano; confesar al ministro de Dios los desórdenes de una vida quizá ya larga...

¡Obra sobrehumana indiscutiblemente!

Pero, como «donde está la miseria, allí está la misericordia de María» (51), Ella cuida de infundir el valor necesario y de hacer desaparecer los obstáculos considerados insuperables, para que el pecador que la invocó en su ayuda, llegue a la reconciliación con Cristo, y de los labios de su Divino Hijo broten una vez más aquellas palabras que, pronunciadas con fuego de amor, quedaron consignadas en la Sagrada Escritura:

«No te condenaré» (52).

«Perdonados te son tus pecados» (53).

«No quieras pecar ya más» (54).

Por tanto, como decía San Bernardo, por pecador que seas, aunque te halles sepultado en el lodazal de

(51) Ricardo de San Victor.—Cit. del P. Roschini, tomo I, página 607.

(52) Jh., 8, 11.

(53) Mc., 2, 5; Lc., 7, 48.

(54) Jh., 5, 14; 8, 11.

tus culpas, aunque hayas envejecido en el pecado, aunque tus crímenes sean horrendos e innumerables; tus iniquidades, acude a María, ponte bajo su amparo encomiéndale tu defensa, porque Ella «fue constituida Abogada a la que todos pudiésemos acercarnos porque es nuestra Madre, y que puede obtenerlo todo de Cristo, porque es su Madre» (55).

Invitándonos a confiar plenamente en su diligencia salvadora, la propia Santísima Virgen hizo esta declaración:

«Yo, después del título de Madre de Dios, de nada me glorío tanto como de ser llamada la Abogada de los pecadores» (56).

a) La pecadora que dejó de serlo...

Una mujer que, joven y rica, quebrantó los Mandamientos de Dios abandonándose al pecado, y bajo apariencias normales y aún devotas escondió un corazón corrompido y un alma sin vida, formuló en 1945, en una revista mariana, esta pública declaración:

«¡Ah; yo quisiera que nadie hiciera lo que necia y locamente hice yo...

(55) P. José Tissot.—«El arte de utilizar nuestras faltas», página 235.

(56) «Sor María Villani».—Cit. del P. Hilario Orzanco. «Vida de la Virgen Madre», pág. 260.

»Quisiera que los jóvenes, y más todavía las jóvenes, atendieran este grito mío:

»¡Velad!; cuidado con ceder la primera vez, porque es muy difícil detenerse en esa pendiente resbaladiza del placer...

»Se comienza por poco; se entrega a la pasión titubeando la primera vez; ya la segunda, con menos miedo, y luego..., luego se rueda insensiblemente muy hondo, muy hondo.

»Si tuviera medio de hacerme oír de todas las jóvenes, les gritaría :¡Sed celosas de vuestro corazón; no lo deis al primer pretendiente. Sed celosas de vuestra pureza; la joya más preciosa que poseéis!...

»Guardaos y huid de toda persona que constituya un peligro para vuestra alma. Quien os ame, ha de amaros amando, sobre todo, a Dios. A quien vosotras améis ha de ser sin menoscabo del supremo amor a Dios.

»Que el amor con que os distingan sea tan verdadero, que nunca ofenda a Dios. Y que el amor que vosotras sintáis sea tan limpio, que lo bendiga siempre Dios.

»El amor que divierte no es amor.

»El amor que se esconde a los padres es, por lo menos, dudoso.

»El amor que empieza con señales de afecto sensible es nocivo.

»El amor que concede lo que no debe concederse es pecaminoso.

«¡Oh, jóvenes, no pequéis!

»A medida que crece el pecado, disminuyen las fuerzas para vencerle, para rectificar, para retroceder y para enmendarse.

»Hay como una impotencia para salir del mal en que nos arrojam.

»Ciert.

»Yo confieso que ya no tenía esperanza. Estaba cierta de mi condenación.

»Por eso me daba más a los placeres, a una vida de locura, para ahogar los remordimientos y alejar el recuerdo de la muerte...

»Sólo seguí rezando mañana y noche las *tres Avemarías*, si bien muchas veces las rezaba distraída y maquinalmente.

»Pero, aun entonces, la Virgen escuchaba mi súplica: "Ruega por nosotros, pecadores..."

«Hasta que un día, ¡oh, misericordia de María!, me sentí invadida de un vivo aliento para salir del pecado, confesar mis culpas y cambiar de vida... ¡La Virgen Santísima había obrado mi conversión!... ¡Ella..., Ella me ha salvado!» (57).

(57) «Las tres Avemarías, llave del Paraíso». Edic. Paúlinas, 1960, página 64.

b) «Rectificó el mal camino emprendido»

Escribe un misionero desde América:

«Uno de mis ayudantes como catequista, “desordenó” su vida conyugal, y por efecto de su extravío pasional se iba enriando en el celo apostólico.

»En cuanto tuve noticia de ello, le llamé (vivía a 23 kilómetros de la Parroquia, en un caserío) y le amonesté debidamente, haciéndole reflexiones sobre la felicidad familiar truncada, el mal ejemplo para su hijo, el escándalo para los demás convecinos...

»Para vencer toda mala pasión —le dije—, se necesita el auxilio del Cielo; pero éste no falta nunca si con fervor se pide. Ruega con confianza filial a la madre de Dios, que es Madre nuestra espiritual; háblale como un hijo desvalido y débil, que demanda socorro. Y —dándole una estampa de la devoción de las *tres Avemarías*, añadí—: “rézale mañana y noche esas *tres Avemarías*...”

»El efecto no se hizo esperar. Pocos días después de practicar mi recomendación, aquel hombre tomó a decisión de enmendar su vida, y ha cambiado totalmente, quedando tan agradecido a la Santísima Virgen por el favor que le ha otorgado, que ahora reza todos los días con su esposa y su hijo las *tres Avemarías*.

»Hace unos días vino a la Parroquia con su otra vez gozosa familia, para confesar y comulgar en la Santa Misa que me encargó ofreciera al Señor y a la Virgen Inmaculada en acción de gracias.

»Actualmente es el más fervoroso de los catequistas, y todas las tardes en su caserío congrega a los habitantes para el rezo del Santo Rosario.

»Y yo, postrado ante el Sagrario de mi Iglesia Párroquial, agradezco a Jesús Sacramentado sus misericordias distribuidas por las benditas manos de su Madre.»

(P. Braulio Ascarza Sotelo.—Párroco en el Perú.—Carta del 7 de noviembre de 1969.)

Los santos y las tres Avemarías

Larga lista sería la que hubiese de contener todos los Santos que practicaron la devoción de las *tres Avemarías* y con admirable celo difundieron por medio de su predicación y de sus escritos.

Anotaremos sólo algunos muy destacados, como son, después de Santa Matilde y Santa Gertrudis, San Leonardo de Puerto Mauricio, San Alfonso María de Ligorio, San Juan Bautista Rossi, San Antonio María Claret, Santa Gemma Galgani, San Juan Vianey (el Santo Cura de Ars), San Gerardo Mayela, el Beato Marcelino Champagnat, San Gabriel de la Dolorosa, El Venerable Luis María Baudoin, etc.

Varios Sumos Pontífices y Altas jerarquías de la Iglesia recomiendan las tres Avemarías

«El sacrosanto Sínodo (Concilio Vaticano II) enseña en particular y exhorta al mismo tiempo a todos

los hijos de la Iglesia a que estimen en mucho las prácticas y ejercicios de piedad hacia la Bienaventurada Virgen, recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio...» («Lum. Gent.», n.º 67).

Y el sagrado Magisterio de la Iglesia —como escribe el P. Angen Luis, C. SS. R.—, se ejercita de muchas y múltiples maneras: por medio de las Constituciones Apostólicas, las Encíclicas, las Alocuciones, Homilias, Cartas (a Congresos, Asambleas de fieles o a Corporaciones, y aun a particulares si se han hecho públicas por aparecer en el órgano oficial de la Santa Sede), Discursos y Radiomensajes, Coloquios, Letras decretales, Letras Apostólicas.

«Son igualmente de singular importancia las manifestaciones del Magisterio ordinario de la Iglesia mediante la Liturgia. Y en conexión con esto, como insinúa el P. Miguel Nicolau, S. J. (en su libro "Problemas del Concilio Vaticano II.—Visión teológica"), *la concesión de indulgencias, tan usada por la Iglesia para inculcar enseñanzas y recomendar devociones.*» (58).

Pues bien; la devoción de las *tres Avemarías* fue favorecida con la concesión de indulgencias por León XIII y San Pío X, y encomiada por Benedicto XV en Carta Apostólica de 30 de julio de 1921; siendo a su vez objeto de la Bendición Apostólica del Papa Juan XXIII en 29 de marzo de 1959 y de S. S. Pablo VI en 29 de marzo de 1964.

Y tan celebrados fueron en todo tiempo los singu-

(58) «Mariología en torno al Concilio (Vaticano II); págs. 92 a 94.

lares resultados de la práctica de las *tres Avemarías*, que tanto en el clero secular como en el regular se multiplicaron las voces pregoneras de las excelencias de la misma.

Cardenales y Obispos de Italia, Francia, Bélgica, España y Portugal, como también de Inglaterra, Alemania, América, a la vez que de Filipinas y otros pueblos de Oriente, hablaron con entusiasmo de la feliz trascendencia espiritual de las *tres Avemarías*, y a sus manifestaciones se sumaron las de religiosos de todo el mundo, con sus respectivos Superiores Generales, coincidentes en proclamar los frutos de salvación que ha producido constantemente esta devoción.

Consignaremos algunas:

El Rvdmo. P. *Pedro Arrupe, S. J., General de la Compañía de Jesús*, declaró: «Con gozo aporto mi más cálido apoyo al apostolado de las *tres Avemarías*, que tantos frutos de salvación ha producido y sigue produciendo por el camino callado y oculto de la oración y de la confianza en tan buena Madre, la Virgen María. Camino en verdad sencillo, que precisamente por su humildad y por ser la Virgen la intercesora, se ha mostrado tan eficaz para acercar las almas a Dios.»

El Abad General de la Sagrada Orden del Cister, Rvdmo. P. *Fr. Sighardo Kleiner*, escribió: «Hago votos al Señor, por medio de su Santísima Madre, para que el rezo de las *tres Avemarías* lleve un aumento del verdadero conocimiento, amor y devoción a la Santísima Virgen y con imitación de sus virtudes, se realice la renovación de este mundo que se olvida de Dios.»

Por su parte el *Maestro General de los Dominicos*, Rvdmo. P. Fr. Aniceto Fernández, ha dicho: «Los hechos son tan patentes, tan repetidos y tan extraordinarios, que no dejan lugar a duda de la intervención y ayuda especialísima de la Santísima Virgen a tantas almas, que aún tibias y alejadas de la piedad, fueron, sin embargo, fieles a esta práctica de las *tres Avemarías*.

»Y es que, aun rezadas éstas por un pecador, la Virgen María, que es Madre de Misericordia y Madre Amable, acoge la plegaria y consigue para ese pecador la gracia del arrepentimiento y del perdón.»

Y el Rvdmo. P. Fr. Agustín Sepinski, O. F. M., como *Ministro General de la Orden Franciscana*, decía: «La piadosa práctica de rezar diariamente a la Santísima Virgen *tres Avemarías* en memoria del poder, de la sabiduría y del amor que le concedieron, respectivamente, el Padre, el hijo y el Espíritu Santo, ha tenido siempre en la Orden Franciscana celosos apóstoles, entre los cuales se cuenta, para no citar más que uno, al celestial Patrono de las Misiones populares entre fieles, San Leonardo de Puerto Mauricio, que la recomendaba grandemente.»

Y de las manifestaciones del Episcopado, espigamos de entre muchísimas las tres siguientes:

«Las *tres Avemarías* son una forma sencilla y segura de devoción a la Virgen, que todos pueden practicar. ¡Quiera el Señor que, como fruto de la difusión de las *tres Avemarías*, todos los cristianos sientan a la

Virgen por Madre.» (Mons. Casimiro Morcillo, Arzobispo que fue de Madrid-Alcalá-España.)

«Tengo más confianza en la eficacia de la devoción de las *tres Avemarías* para avivar la fe cristiana en las almas, que en muchas de las técnicas modernas de apostolado que quieren implantarse.» (Mons. Fernando Ruiz Solórzano, Arzobispo de Yucatán (México)).

«La devoción de las *tres Avemarías*, que desde la Edad Media tantos frutos espirituales ha producido, yo la he unido siempre al rezo del Rosario, y constantemente la recomiendo; y creo se practica como última oración al acostarse y la primera al levantarse. Es tan sencilla y eficaz, que su primer efecto es su incorporación a nuestra vida espiritual, siendo quizá lo último que se pierde, y por eso muchos se convierten en su última hora y se salvan.» (Mons. Enrique Delgado, Arzobispo de Pamplona y Administrador Apostólico de Tudela.—29 abril 1966).

La Santísima Virgen insiste en su Maternal asistencia a la hora de la muerte:

Refiriéndose a todo aquel que la haya invocado diariamente conmemorando el poder, la sabiduría y el amor que le fueron comunicados por la Augusta Trinidad, dijo María a Santa Gertrudis que, **«a la hora de su muerte me mostraré a él con el brillo de una**

belleza tan grande, que mi vista le consolará y le comunicará las alegrías celestiales» (59).

Sabidos son no pocos hechos que permiten abrigar esta esperanza de que la Virgen Santísima recoja las almas de sus devotos en los últimos instantes de su vida terrena, para Ella presentarlas al Señor.

Sirva de muestra lo que sigue:

El 13 de febrero de 1919, una joven de diecisiete años, que desde hacía meses practicaba la devoción de las *tres Avemarías*, recitándolas por la mañana y por la noche, se agravó en la enfermedad que padecía (gripe maligna), y hubo que administrarle los últimos sacramentos.

Después de recibidos éstos, dijo la enferma a su madre:

—Me gustaría rezar las *tres Avemarías*, pero estoy tan agotada, que no puedo... ¿Quieres rezarlas tú?...

Su madre, acongojada y, a la vez, resignada con lo que fuera voluntad de Dios, asintió y comenzó a rezar, y la hija, profundamente recogida, seguía con el espíritu la oración.

Cuando iban a empezar la tercera Avemaría, la joven doliente, animándose un poco, dijo:

(59) «El Heraldo Divino», pág. 200.

San Alfonso María Liguori escribió que, en efecto, «María no sólo socorre a sus devotos en la crítica hora de la muerte, sino que, además, viene en su busca en ese tránsito a la otra vida, para animarlos y acompañarlos a la presencia de su Divino Hijo, ante el cual es su abogada.»

Y lo mismo había afirmado San Vicente Ferrer (Mons. David Ardito: «¡Oh, María, en Vos confío!», pág. 177).

—«Es necesario que yo también rece la última Avemaría»...

Y apenas la comenzó a rezar, cogiendo una mano de la madre, exclamó:

—«¿No ves tú a la Santísima Virgen?».

A la respuesta negativa de la madre, la enferma replicó:

—«¡Pues Ella está aquí, con nosotros!»...

Continuaron rezando el Avemaría, y acabaron.

Y sonriente por la presencia de la Virgen María, que permanecía a la cabecera de la cama de su devota para alentarla en aquel trance, entregó la enferma su alma al Creador (60).

Conclusión:

«Es necesario difundir cada vez más esta breve, fácil, excelente y eficaz devoción de las *tres Avemarías*, y hacerla estimar de todos para que, practicándola, nadie pierda el Cielo.»

Así lo ha escrito el eminente P. Gabriel María Roschini, Vicario General de los Siervos de María, Director de la Facultad de Teología «Marianum», de Roma, y Presidente del Centro Mariano Internacional.

Y aún dijo más:

«Las *tres Avemarías* son la señal luminosa de los predestinados...

(60) «Un camino seguro para llegar al Cielo». Rvdo. Raimundo F. Olivas, pág. 6.

»Recomendamos las *tres Avemarías*, con todas nuestras fuerzas, **a los padres**, para que las enseñen a sus hijos.

»Las recomendamos **a los confesores**, para que las impongan como penitencia o, al menos, las aconsejen a sus penitentes.

»Las recomendamos **a los predicadores**, para que las den a conocer cada vez más, para gloria de la Virgen María y para provecho de las almas.

»Las recomendamos **a todos**, para que abracen esta devoción y la practiquen fielmente. ¡Para muchos podría ser la última tabla de eterna salvación!» (61).

La preocupación comunitaria es un deber de todos los fieles

Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso repito: ¡todos, con Pedro, a Jesús por María! Y al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubriremos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos»...

(61) «La Madre de Dios, según la fe y la teología», tomo II, página 498.

«Un cristiano no puede detenerse sólo en problemas personales, ya que ha de vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas.»

(Rvdmo. P. José María Escrivá de Balaguer.—Homilía de 4-5-57.)

Oigamos dócilmente las palabras de S. S. Pablo VI:

«Conscientes de que la Virgen María es la Madre de la Iglesia ("Familia de Dios", "Pueblo de Dios", "Reino de Dios", "Cuerpo Místico de Cristo", como la llama el Concilio Vaticano II), hemos de sentir más intensamente los lazos fraternos que unen a todos los fieles porque son hijos de la Virgen", y compartir "el ansia materna de la Iglesia porque todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad y participen de la salvación merecida para ellos por la muerte de Cristo..."» (62).

Ya decía San Juan Crisóstomo: «Recordad, hermanos, que debéis dar cuenta a Dios, no sólo de vuestra vida, sino de la de todo el mundo».

Y el gran Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, exclamaba: «¡Cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de los cristianos» (63).

(62) Exhortación Apostólica «*Marialis Cultus*», de 2 de febrero de 1974. (Ediciones Acción Católica.—Madrid).

(63) Mensaje de S. S. Pablo VI a los peregrinos a Javier (Navarra) el 8 de marzo de 1965. («*Ecclesia*», 13-3-65).

Si somos realmente cristianos, no podemos olvidar que: «nada demuestra tanto la fidelidad a Cristo como procurar la salvación de los hermanos» ...Porque quien salva un alma, da más gloria a Dios con esa alma ya salvada y en el cielo, que la gloria que en la tierra le dieron todos los santos» (64).

Y al propio tiempo, y como recompensa divina, «*quien salva un alma, salva la suya*», como afirmó San Agustín (65).

Lo repetimos, pues: propagad, extended cuanto esté a vuestro alcance, esta devoción de las *tres Ave-marías* para que la misma siga produciendo los frutos de bienandanza y salvación de las almas que siempre han coronado la práctica diaria de ese rezo.

Modo de practicar esta devoción

Todos los días, rezar así:

«María, Madre mía; líbrame de caer en pecado mortal.»

- 1.^a **Por el Poder que te concedió el Padre Eterno.
¡Ave María!...**
- 2.^a **Por la Sabiduría que te concedió el Hijo.
¡Ave María!...**

(64) San Juan Crisóstomo.—Cit. en «Salvoconductos del cielo. Las tres *Ave-marías*». P. José María Ellacurda, O. F. M., pág. 141.

(65) Cit. del P. Fr. Luis González, Ermitaño de San Agustín, de Chivilcoy, prov de Buenos Aires (Argentina).

3.ª Por el Amor que te concedió el Espíritu Santo. ¡Ave María!... ¡Gloria Patril!...

¿Por qué se distribuyen estampas para recordar el rezo de las tres *Avemarías*?

Os lo explicaremos con tres declaraciones de Misioneros:

«Distribuir estampas es muy conveniente, porque las estampas ayudan a la gente en la práctica de la oración y vida cristiana.»

(P. Manuel Díaz Gárriz, S. J. Misionero en la India.)

«Cada vez estoy más entusiasmado con la "*Cruzada de las Tres Avemarías*". Porque cada vez más y más voy palpando los eficacísimos efectos de esta gran devoción...

»Al rezar las *tres Avemarías*, a muchos olvidados de su alma se les enciende su vida cristiana, reavivando la chispilla oculta en el rescoldo de su olvido y abandono espiritual...

»He tenido yo varios casos de Protestantes que recibieron con aprensión y hasta cierta repugnancia la estampita, y, sólo por darme gusto, rezaron las *tres Avemarías*;... y luego... volvieron al Padre, cual el "hijo pródigo".

»Pecadores empedernidos, al parecer irreductibles, matrimonios desavenidos y separados, hogares sin la bendición de Dios por falta del Sacramento del Matrimonio, etc., tienen su solución favorable

cuando lo ponemos en manos de nuestra Santa Madre la Virgen María. Esas *tres Avemarías* —palanca poderosa— todo lo alcanzan de su hijo Divino.»

¡Donde entra una estampita, entra el Cielo!...

P. Erasmo Cardona Soto, S. J.
(Cochabamba.—Bolivia.)

Dice el P. Francisco J. Rengifo, S. J. (de Bogotá.—Colombia):

«Créanme: mi predicación es dar la estampita de las *tres Avemarías*, y la Virgen se encarga de todo lo demás.

»Hace poco fui llamado para que atendiera a un señor que era muy reacio a la confesión; pero cuando le visité en su enfermedad quedó con la estampa como cuña salvadora y la Virgen ganó la partida, rezó y murió en gracia de Dios.

»Es una devoción tan fácil y sencilla, que el hombre más duro se ablanda y rinde a Dios.

»Tengo la convicción profunda que quien es fiel a esta práctica tan sencilla pero tan consoladora, está salvado, ya que la Santísima Virgen no se queda sin premiar al hijo que se acuerda de Ella.» (Carta del 4-6-73).

Súplica final (66)

¡Oh Virgen María!

Dignísima Reina del Cielo y de la Tierra,
que recibiste del Señor la misión
y el poder de aplastar la cabeza del demonio,
padre de la mentira y de toda maldad;
te rogamos humildemente socorro en
nuestra lucha con el poder infernal,
y envíes legiones de ángeles para que
con la insignia de Cristo, y bajo tu dirección,
combatan y persigan al demonio, frenen sus ataques,
frustren sus maniobras y lo recluyan en el abismo...
Santa Madre de Dios, Tú eres siempre nuestra espe-
ranza.

¡Muéstrate Madre nuestra!

Alcánzanos de Jesús, con tu súplica omnipotente,
la gracia de vencer toda tentación y asechanza diabó-
lica.

(Con aprobación eclesiástica.—Febrero 1974.—San Sebastián.)

(66) Propuesta por el Rvdo. P. Joaquín Marturet, S. J. (San Sebastián).

INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	7
Singularidad estimación de la devoción de las <i>tres</i> <i>Ave marías</i>	8
Devoción fácil y breve	9
Devoción de efectos seguros	9
Un escrito corto, pero de largo alcance	11
Habla la Santísima Virgen	13
«Yo confesé a un mudo»	14
Contenido propio, característico y diferencial de esta devoción	15
Excelsitud de María	17
Eficiencia de «Ave María»	18
«Una familia protestante que se convierte al catoli- cismo»	19
Por María a Jesús	22
a) «La madre que pedía la conversión de su hijo» . .	24
b) «Un buen ejemplo que convierte»	26
c) «Un "extraviado" que volvió a Dios»	27
Otra manifestación de la Virgen María	29
El pagano que se hizo católico	29
La Virgen acoge siempre el ruego perseverante . .	32
Una vez más la Virgen Inmaculada nos insta al rezo de las <i>tres Ave marías</i>	34
a) «Esperaba un sacerdote»	36
b) Resistencia vencida	39
La Madre de Dios es también Madre nuestra	41
Realeza de María	45

	<u>Págs.</u>
La nieta que salvó a su abuelo	48
María renueva su promesa de protección	51
Muerte santa después de una vida desacertada . .	51
Ayer, hoy y siempre, la devoción a María, «puen- te» de la tierra al Cielo	56
de la tierra al Cielo	56
Llegó a Carmelita Descalzo después de tropiezos mundanos	58
La Virgen ratifica su complacencia por esta devo- ción	60
«Salió del mundo para ir al Cielo»	61
María es «omnipotente suplicando»	62
Compró el Cielo con abonos de <i>tres Avemarías</i> dia- rias	63
«María, medianera de todas las gracias»	67
a) El buen fin de un legionario	69
b) Una madre que no quiso morir	71
c) La Madre celestial premia la virtud	74
El porqué de los «ejemplos»	75
María es Refugio y Abogada de pecadores	76
a) La pecadora que dejó de serlo	78
b) «Rectificó el mal camino emprendido»	81
Los Santos y las <i>tres Avemarías</i>	82
Varios Sumos Pontífices y altas jerarquías de la Iglesia recomiendan las <i>tres Avemarías</i>	82
La Santísima Virgen insiste en su maternal asisten- cia a la hora de la muerte	86
Conclusión	88